



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

IMP. DE AMBROSIO PÉREZ Y C.ª PIZARRO, 16.

SEGUNDA PARTE
LAS DIVERSAS ESPECIES DE CONOCIMIENTOS

LIBRO PRIMERO

MECANISMO GENERAL DEL
CONOCIMIENTO

Tomo II

1

LA INTELIGENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

LA ILUSIÓN

I. Resumen de la primera parte.—Elementos del conocimiento humano. Principales compuestos que forman sus combinaciones.—El nacimiento y la rectificación [de una ilusión son los dos procedimientos por los cuales se forman en nosotros nuestras diversas especies de conocimientos.

II. Ejemplos.—Ilusión producida por el teatro.—Ilusiones de óptica.—Ilusión de los amputados.—Ilusión de los alucinados.—La condición suficiente de la creencia ó juicio afirmativo es la presencia de la sensación ordinaria.—No importa que la sensación esté provista de sus antecedentes ordinarios.—Pruebas.—Cuando la condición del trabajo mental está dada, prosigue ciegamente, como el trabajo vital.

III. Consecuencias.—La percepción exterior es una alucinación verdadera.—Ejemplos.—En el estado normal y ordinario, nuestro ensueño interior corresponde á las cosas del exterior.—Ilusión psicológica apropiado de la percepción externa.—Estamos tentados á tomarla por un acto simple y espiritual.—Ilusión psicológica análoga apropiado de los demás actos de conciencia.

IV. Oficio de la imagen sustituto de la sensación.—Provoca el mismo trabajo alucinatorio.—Ejemplos.—Ca-

sos en que este trabajo termina.—Observaciones de M. Maury sobre las alucinaciones hipnagógicas.—Hipnotismo y sonambulismo.—Experiencias de Braid sobre la sugestión.—Caso citado por Carpenter.—Experiencias del Dr. Tucke. Predominio de las imágenes y de la acción de los hemisferios.

V. Consecuencias.—Presencia de las imágenes en todas las representaciones sensibles y en todas las ideas puras.—En todas las percepciones exteriores, recuerdos, previsiones, actos de conciencia. Tendencia general del espíritu á la alucinación.—En todas nuestras operaciones mentales, hay una alucinación, al menos en estado naciente.—Ejemplos de su desenvolvimiento.—Frasas mentales que llegan á ser voces exteriores.—Imágenes borradas que, al resucitar, llegan á ser alucinatorias.—Nuestras diversas operaciones mentales no son más que las diferentes etapas de esta alucinación.

I. El lector acaba de seguir, en todas sus formas, el hecho interno que constituye nuestro conocimiento. Nuestras ideas son signos, es decir, sensaciones ó imágenes de una cierta especie. Nuestras imágenes son sensaciones repetidas, supervivientes, espontáneamente renacientes, es decir, sensaciones de una cierta especie. Nuestras sensaciones propiamente dichas son sensaciones totales, compuestas de otras más simples, estas lo mismo, y así sucesivamente. Se puede, por lo tanto, á falta de otro nombre mejor, decir con Condillac, que el hecho interno primordial que constituye nuestros conocimientos es la sensación.—Pero es preciso notar que este nombre designa simplemente su estado más notable, que en él la sensación no es más que un total, que este es una serie ó un grupo de sensaciones elementales, compuestas á su vez de otras más elementales, que al lado de estas, las acciones reflejas indican otras rudimentarias igualmente inaccesibles á la

conciencia, que así el hecho interno primordial va simplificándose y bajando de grado en grado hasta el infinito, fuera de nuestro alcance y de nuestros medios. Es preciso notar además, que bajo otro aspecto, es decir, visto por el exterior y por mediación de la percepción externa, es un movimiento molecular de los centros nerviosos, y entra así en la clase de los fenómenos físicos. Hay que notar finalmente que los nombres de fuerza y sustancia, de yo y de materia no designan más que entidades metafísicas, que nada hay real en la naturaleza, excepto tramas de fenómenos unidos entre sí y á otros, que no hay nada más en nosotros mismos ni en otra cosa.—Por esto, para formarse una primera idea del espíritu, es preciso representarse una de estas tramas, y establecer, que conocida por dos procedimientos distintos, la percepción exterior y la conciencia, debe aparecer fozosamente bajo dos aspectos irreducibles, pero de desigual valor, es decir, moral por un lado y físico por otro.—De este modo separado y determinado el hecho primordial, es preciso ahora construir con él todo lo demás.

Tenemos conciencia de nuestros estados, los recordamos, preveemos varios de ellos. Percibimos los objetos exteriores, recordamos sus cambios, preveemos muchos de ellos. A más de estas operaciones que nos son comunes con los animales, hay otras que nos son propias. Hacemos abstracciones y generalizaciones precisas, juzgamos, razonamos, hacemos construcciones ideales. Estos son los principales grupos de acciones que constituyen conocimientos.—¿Cómo un ser compuesto como se ha dicho, puede realizarlos? ¿Cómo hechos internos, como los que se han

descrito, llegan á formarlos? Tal es la cuestión, y no se resuelve diciendo, como muchos psicólogos, que tenemos tal ó cual facultad, la conciencia, la memoria, la imaginación ó la razón. Son estas explicaciones verbales, herencia de los escolásticos. Explicar una de estas acciones, es distinguir sus elementos, mostrar su orden, fijar las condiciones de su nacimiento y de su combinación. Ahora bien, los elementos de todo conocimiento son los fenómenos que hemos estudiado, signos, imágenes, sensaciones. Por su asociación ó su pugna, se trasforman. Por una parte, parecen otros que los que son. Por otra, están despojados, gracias á una corrección más ó menos completa, de esta falsa apariencia. Dos procedimientos principales se emplean por la naturaleza para producir las operaciones á que llamamos conocimientos; uno que consiste en *crear en nosotros ilusiones*; otro, que consiste en *rectificarlas*. Mediante esta doble operación se levanta y se determina el edificio mental; no hemos observado todavía más que los materiales; es preciso ahora estudiar su estructura.—Entremos en seguida en los ejemplos; se comprenderá mejor el sentido de las palabras, viendo antes el pormenor de los hechos.

II. Una mujer hace gestos violentos, enjuga sus ojos con el pañuelo, solloza ocultando la cabeza entre sus manos. Grita con acento de queja: «¡Dios mío, Dios mío, que desgraciada soy!» Su cara está contraída, su pecho se levanta, está anhelante, y sus gritos ahogados, entrecortados, vuelven á empezar incesantemente.—Representa

una gran pena; pero en este momento, si lo ignoro, me *parece* que la tiene en efecto; significa esto que sus gestos, su fisonomía, sus gritos, sus palabras son las mismas y despiertan en mí las mismas ideas que si tuviera una gran pena. Entre su disgusto y mi idea, hay una serie de intermedios, el primero de los cuales es su actitud expresiva. De ordinario, la actitud va precedida del disgusto, pero nada más que de ordinario. Si la mujer es hábil comedianta, el disgusto falta sin que falte la expresión, y yo formo el mismo juicio que si no faltara.

De modo semejante; ves un bastón sumergido hasta la mitad en el agua; parece encorvado aún cuando sea recto; es que entre la presencia del bastón y mi percepción, hay varios intermedios, el primero de los cuales es un haz de rayos luminosos. De ordinario, es decir, cuando el bastón entero está en el aire ó en el agua; si una mitad de los rayos está formando ángulo con la otra, el bastón está efectivamente encorvado, pero esto no más que de ordinario. Si, por excepción, el bastón recto está sumergido en dos medios desigualmente refractores, aún cuando sea recto, una mitad de los rayos formará ángulo con la otra, y tendré la misma percepción que si el bastón estuviera encorvado.

En último término, considerad un amputado, que, habiendo perdido la pierna, se queja de hormigueos en el dedo pulgar del pie. Siente, en efecto, hormigueos; pero no es en el dedo, que ya no tiene; tan solo le *parece* que allí los tiene. En este caso aún, entre la conmoción nerviosa del dedo, y el juicio que coloca en este lugar la sensación, hay varios intermedios, el principal de

los cuales es la sensación misma. De ordinario, cuando esta nace, va precedida de esta conmoción terminal; pero no es más que de ordinario. Si por excepción, el cabo central conservado después de la amputación llega á conmoverse, aunque ya el dedo no exista, la sensación nacerá, y el amputado formará el mismo juicio que si aún tuviera su pierna.—Estos ejemplos nos muestran muy claramente en qué consiste la apariéncia. Tres términos están dados y son los tres anillos de una cadena: un antecedente, que es el hecho afirmado, un intermediario que va ordinariamente precedido del antecedente, una idea, creencia, juicio ó percepción que sigue siempre al intermediario y recae sobre el antecedente. Para que el juicio afirmativo se produzca, basta que aparezca el intermediario; poco importa que exista ó no el antecedente.

Vayamos más lejos. Hasta aquí el antecedente no es más que una propiedad del objeto, unas veces presente, otras no; en efecto, lo que hemos considerado, es la situación del hormigueo, es el encorvamiento del bastón, es el disgusto de la mujer. Busquemos ahora un caso en que el antecedente sea el objeto mismo; es lo que ocurre en la alucinación. Un hombre, con los ojos abiertos ó cerrados, ve á tres pasos una cabeza de muerto perfectamente distinta, aún cuando no tenga delante ninguna cabeza de muerto. Significa esto, como en los ejemplos anteriores, que entre la presencia real de una cabeza de muerto y la percepción afirmativa existe un grupo de intermediarios, el último de los cuales es tal sensación visual de los centros nerviosos. De ordinario, esta sensación tiene por antecedentes una cierta conmoción

de los nervios ópticos, una cierta reflexión de rayos luminosos, finalmente la presencia de una cabeza de muerto real. Pero estos tres antecedentes no preceden á la sensación sino de ordinario. Si la sensación se produce en su ausencia, la percepción afirmativa nacerá en su ausencia, y el hombre verá una cabeza de muerto que no existe. Aquí también, la presencia del último intermediario basta para hacer nacer la percepción; poco importa que los antecedentes existan ó no. Se vé por todos estos ejemplos, que un objeto ó una propiedad que no existen, nos *parecen* existir, cuando el efecto final que de ordinario provocan en nosotros por un intermediario se produce sin que existan. Su intermediario los reemplaza; es su equivalente.

Ahora bien, es fácil ver que en todos estos ejemplos el intermediario final que precede inmediatamente á la idea, creencia, percepción ó juicio afirmativo, es la sensación. Los otros intermediarios no obran sino mediante ella ó á través de ella. Quitadlos todos, excepto ella; suprimid la cosa misma, como se hace por medio de una decoración en los espectáculos ópticos; suprimid los rayos luminosos, como ocurre en las imágenes consecutivas que se ven con los ojos cerrados; suprimid la conmoción del extremo exterior del nervio, lo cual tiene lugar en la ilusión de los amputados; suprimid toda acción del nervio, lo cual ocurre en la alucinación propiamente dicha; no dejad subsistir sino la sensación ó acción de los centros sensitivos, existe alucinación, y por tanto juicio afirmativo.—Por el contrario, suprimid esta sensación ó acción de los centros sensitivos, conservando todos los otros intermediarios y el obje-

to mismo; suponed que el objeto está presente, que está iluminado, que la extremidad del nervio se conmueve, que esta conmoción se propaga por todo el recorrido del nervio; si los centros nerviosos están embotados por el cloroformo, ó si, como ocurre en el hipnotismo y en la atención apasionada, una sensación anterior dominadora cierra el acceso á las sensaciones que después vengan, podría tocarse el tambor en la habitación, pinchar, picar, herir al paciente sin que se dé cuenta de ello; no experimentando la sensación del sonido, ni el dolor de la herida, no percibirá ni el tambor ni el instrumento que le hiere. En resumen, salvo obstáculo ulterior, para que la percepción ó juicio afirmativo se produzca, es preciso y suficiente que la sensación ó acción de los centros sensibles se produzca.— En esto, las operaciones mentales se asemejan á las vitales. Si de una larva de rana separáis la cola y la echáis al agua, se organiza y desarrolla hasta el décimo día, como si hubiera permanecido en su primer lugar (1). Si metéis la pata separada y desarrollada de una rata joven bajo la piel del lomo de otra rata, allí arraiga, se nutre, crece, adquiere todas sus partes, todas sus soldaduras, toda su estructura ordinaria, como si hubiera permanecido con su antiguo dueño. Tal es el trabajo vital; salvo obstáculo ulterior, es decir, siempre que el medio sea conveniente, se continúa ciegamente, sea útil ó inútil ó aún perjudicial su resultado.—Lo mismo ocurre con el trabajo mental; salvo impedimento y parálisis, en los lóbulos cerebrales, tan pronto como se dá la

(1) Vulpian, 296. Véase toda la tesis de Paul Bert. *Sur la vitalité propre des tissus animaux.*

sensación, sigue la percepción ó juicio afirmativo, falso ó verdadero, saludable ó nocivo, poco importa, aún cuando la alucinación que á veces le constituye lleve al hombre al suicidio y destruya la armonía ordinaria que ajusta nuestra acción á la marcha del universo.

III. De aquí se deduce una consecuencia capital—que la percepción exterior es una alucinación verdadera. Comprendemos bien esta verdad, que parece una paradoja. El alucinado que vé á tres pasos de él una cabeza de muerto, experimenta en aquel momento una sensación visual interior exactamente semejante á la que experimentaría si sus ojos abiertos recibieran al mismo tiempo los rayos luminosos que partieran de una cabeza de muerto real. No tiene delante esta; no hay rayos grises ni amarillentos que de ella partan; no existe en modo alguno impresión producida en su retina ni transmitida por sus nervios ópticos á los centros sensibles. Lo que hay delante de él, á tres pasos, es un sillón rojo; los rayos que de él parten son rojos; la impresión producida en su retina y transmitida hasta los centros sensibles es la de los rayos rojos. Y sin embargo, la acción de los centros sensibles es la que causarían en ellos, en estado normal, rayos grises y amarillentos, tales como los que lanzara una verdadera cabeza de muerto. Esta acción de los centros sensibles, en otros términos, esta sensación visual espontánea, basta para evocar en él una cabeza de muerto aparente, aparentemente situada á tres pasos de él, dotada en apariencia de relieve y solidez, fantasma interior, pero tan

semejante á un objeto exterior y real que el enfermo lanza un grito de horror.— Tal es la eficacia de la sensación visual propiamente dicha; la posee tanto que la manifiesta aun á falta de sus antecedentes normales. La posee, por tanto, también cuando va precedida de sus antecedentes normales; por consiguiente, cuando la cabeza de muerto es real y está presente, cuando un haz de rayos grises y amarillentos se refleja de ella para ir á impresionar la retina, cuando esta impresión se propaga á lo largo de los nervios ópticos, cuando la acción de los centros sensibles corresponde á ella, la sensación visual de este modo provocada dará origen al mismo fantasma interior, y el simulacro de cabeza de muerto, que se produce en nosotros durante la alucinación propiamente dicha, se producirá también en nosotros durante la percepción exterior, con la sola diferencia de que, en el primer caso, la mano, cualquier otro sentido, cualquier otro observador llamado á comprobar nuestro juicio lo desmentirá, en tanto que en el segundo, la mano, cualquier otro sentido, cualquier observador llamado á comprobar nuestro juicio lo confirmará; lo cual expresamos diciendo, en el primer caso, que el objeto es solo aparente, y en el segundo, que es real. Fácil es ver que este análisis no solo se aplica á las sensaciones visuales sino á todas las demás, puesto que todas las demás traen también alucinaciones.— Luego, cuando nos paseamos por la calle, mirando y escuchando lo que pasa á nuestro alrededor, tenemos en nosotros los diversos fantasmas que tendría un alucinado encerrado en su habitación y en el que las sensaciones visuales, auditivas y

tactiles que en este momento se originan en nosotros por mediación de los nervios, se produjeran todas en el mismo orden, pero sin esta mediación. Estos diversos fantasmas son para nosotros, como para él, casas, pavimentos, coches, aceras y transeúntes. Solamente, en nuestro caso, objetos y fenómenos externos, independientes de nosotros y reales, atestiguados por la experiencia ulterior de los otros sentidos y por el testimonio concordante de las demás observaciones, corresponden á nuestros fantasmas; y en su caso, esta correspondencia no existe.— Así nuestra percepción exterior es un ensueño del interior que se halla en armonía con las cosas exteriores; y en vez de decir que la alucinación es una percepción exterior falsa, hay que decir que la percepción exterior es una *alucinación verdadera*. La enfermedad separa el fenómeno interno y le muestra tal como es, en estado de simulación coloreada, intensa, precisa y situada. En tal estado, no se confunde ya con las cosas; podemos distinguirla de ellas é inmediatamente después, en justa reciprocidad, deducir su presencia en la salud y la razón perfectas, es el fenómeno interior el que tomamos por una cosa subsistente distinta de nosotros y situada fuera de nosotros.

Al mismo tiempo, comprendemos y corregimos el error en que cae naturalmente la conciencia á propósito de la percepción exterior. Cuando examinamos nuestra percepción de las cosas exteriores, estamos tentados á tomarla por un acto simple y puro, desprovisto de todo carácter sensible, y aun de todo carácter, excepto su relación con lo que es su objeto.— Tengamos, por ejemplo, una mesa: la miro, la toco, la

percibo. Fuera de mis sensaciones táctiles y visuales, no hallo en mí más que un acto de atención pura, acto espiritual, de especie única, que no puede compararse á otro alguno.—Nada hay de sorprendente en este juicio; si el acto es espiritual y puro, es que está vacío; lo hemos vaciado nosotros mismos, separando de él todos sus caracteres, para situarlos aparte y hacer de ellos un objeto. La percepción exterior de un sillón no es nada fuera del fantasma de este sillón; cuando, según costumbre, consideramos este fantasma como un objeto exterior y real, separamos de la percepción todo lo que la constituye, y de un acto lleno, hacemos otro vacío ó abstracto.—Hemos visto ya varios ejemplos de esta ilusión; otros veremos todavía; así es como nacen los seres y los actos espirituales de que la metafísica y la psicología están todavía llenas. Muchos filósofos y todos los que se contentan con palabras están sujetos á este error. De ordinario, se figuran nuestros conocimientos, percepciones exteriores, recuerdos, actos de conciencia y de razón, como actos de una naturaleza especial y simple, de los que nada puede decirse, sino que son una acción y una relación, la acción de un ser simple, que por ellos entra en relación con seres externos diferentes de él mismo, consigo mismo, con sucesos pasados, con leyes ó verdades superiores. La ciencia así entendida se forma muy pronto; nada hay que buscar ni que encontrar en una acción semejante, puesto que es simple; una vez que se la ha nombrado, se ha llegado al fin. La verdad es que se han encontrado nombres, lo cual es poca cosa. La verdad es también, que si se ha llegado al fin, es porque uno mismo se ha cortado

el camino.—Ni la percepción exterior, ni las otras fuentes de conocimiento son acciones simples que se apliquen y terminen en objetos diferentes de sí mismas. Son simulaciones, fantasmas ó apariencias (1) de estos objetos, alucinaciones las más de las veces verdaderas, y por un artificio de la naturaleza, ordenadas de modo que correspondan con los objetos, todas más ó menos adelantadas, retrasadas ó alteradas en su desarrollo. Su pormenor y colocación se verán en las páginas siguientes.—Mientras tanto, conservemos este principio, que la sensación, ó ausente ó en presencia de los impulsos del exterior y de la conmoción nerviosa, provoca estas alucinaciones, y las provoca por sí sola. Ella es el resorte motor de todo el mecanismo, y lo es tanto que para renovar y perpetuar nuestros conocimientos, la naturaleza le ha dado un *sustituto*.

IV. Este sustituto es la imagen; al lado de las sensaciones propiamente dichas, las cuales por su naturaleza, son temporales, unidas á la conmoción nerviosa, casi siempre incapaces de renacer espontáneamente, y situadas en los centros sensibles, hay en nosotros otra serie de fenómenos absolutamente análogos, los cuales, por su naturaleza, son duraderos, sobreviven á la conmo-

(1) Todos los términos mediante los cuales los hombres han designado el fenómeno llevan por la etimología al mismo sentido.—Concepción (*cum capere*, la cosa que ha llegado á ser interior).—Representación (*rursus præsens*, la cosa de nuevo presente, aunque de hecho ausente).—Idea (*eidōs*, la figura, la imagen, la apariencia de la cosa, en vez de la cosa misma).—De igual modo, en alemán, *Begriff*, *Vorstellung*, etc.

ción nerviosa, pueden renacer espontáneamente y están situados en los hemisferios ó lóbulos cerebrales. Son los que hemos llamado imágenes.— He aquí un segundo grupo de sensaciones, tan semejantes á las primeras que puede llamárselas sensaciones reviviscentes, y que repiten las primeras, como una copia repite un original ó como un eco repite un sonido. Con este título, tienen las propiedades de las primeras, las reemplazan en su ausencia, y haciendo el mismo oficio, deben dar lugar al mismo trabajo mental.

Es lo que ya nos ha mostrado la experiencia. Cuanto más completas llegan á ser, es decir, intensas y precisas, más próxima está la operación que suscitan á la alucinación. Representáos determinado objeto que conocéis bien, por ejemplo, cierto riachuelo entre olmos y sauces. Si tenéis la imaginación clara, y si tranquilo junto al fuego os dejáis absorber por este ensueño, veréis muy pronto las ondas brillantes de la superficie, las hojas amarillentas ó cenicientas que bajan por la corriente, los pequeños remolinos que hacen moverse los berros, la oscura sombra fría de las dos filas de árboles; oiréis casi el murmullo eterno de las altas cimas y el vago rumor del agua que roza con la orilla. Fragmentos de vuestras sensaciones antiguas han resucitado en vosotros; habéis visto de nuevo, con los ojos cerrados, trozos de verde, de azul, de brillante oscuridad; os han vuelto restos de sonidos; y guardando todas las proporciones, en pequeño, de modo incompleto, los restos supervivientes de la sensación primitiva han producido el mismo efecto que esta; el trabajo alucinatorio se ha realizado á medias.

Apartemos los obstáculos que le impiden com-

pletarse. Consideremos el caso de las imágenes que nos acuden en el momento en que termina la vigilia y empieza el sueño (1). Se ha visto que se avivan y precisan, á medida que nuestras sensaciones presentes llegan á ser más débiles y vagas; al cabo de algunos segundos, nos parece que oímos verdaderos sonidos, que vemos formas verdaderas, que efectivamente gustamos, olemos, tocamos. Por una consecuencia forzosa, juicios afirmativos siguen á estas imágenes; según su especie, creemos tener delante tal ó cual objeto, «un libro abierto impreso en tipo muy pequeño y que leemos con trabajo (2), un hermafrodita, un guisado con mostaza que exhala un olor penetrante; tal cuadro de Miguel Angel, un león, una figura verde romboédrica» muchedumbre de personas y paisajes. Cuando el sueño ha venido del todo, la alucinación, que está en su máximo, compone lo que llamamos nuestros ensueños.— Cuando el sueño, en vez de ser natural, es artificial, el trabajo alucinatorio llega á ser aún más visible. Tal ocurre con el hipnotismo y el sonambulismo. En este estado, que se provoca á voluntad en muchas personas, el paciente cree sin resistencia ni reserva las ideas que se le sugieren (3), y pueden sugerírsele de dos maneras.

(1) Véase Maury, *Du sommeil et des rêves, hallucinations hypnagogiques*, pág. 33.

(2) Maury, *ibidem*, 51. Observaciones hechas en sí mismo.

(3) Braid, *Neurohypnology*.—Carpenter, artículo *Sleep*, en la *Cyclopaedia* de Todd.—*De la folie artificielle*, por el doctor Hack Tuke. *Annales médico-psychologiques*, cuarta serie, tomo VI, pág. 249, y tomo VII.—Maury, *Du sommeil*, etc. Todo el capítulo XI y 424.—Azam, *Annales de médecine et de chirurgie*, Enero de

El primer medio es darle una actitud que corresponda á tal sentimiento, que sea el principio de determinada acción, que indique la presencia de cierto objeto; espontáneamente, él completa esta actitud, y enseguida experimenta el sentimiento, realiza la acción, cree en la presencia del objeto.—Inclináis su cabeza un poco hacia atrás, y le ponéis derecho, «enseguida su continente adquiere la espresión del más vivo orgullo, y su espíritu está manifiestamente poseído de él...» En este momento, «encorvad su cabeza hacia adelante, doblad dulcemente su tronco y sus miembros y la más profunda humildad sucede al orgullo». Apartad uno de otro los lados de su boca, inmediatamente está alegre, unid sus párpados é inclinadlos hacia el suelo, enseguida está gruñón y triste; y á veces, al despertar, puede atestiguar emociones insuperables en que el ascendiente de la actitud le ha arrojado y encadenado. «No solo simples emociones, dice Carpenter, sino también ideas precisas pueden ser provocadas de este modo. Así, levantad la mano del paciente por encima de su cabeza y doblad sus dedos sobre la palma de la mano, la idea de trepar, columpiarse, tirar de una cuerda es provocada. Si, por el contrario, le dobláis los dedos dejando colgar su brazo á lo largo del costado, la idea que se despierta en él es la de levantar un peso; y si los dedos están doblados, en tanto que el brazo está inclinado hacia delante en disposición de dar un golpe, surge la idea de boxear». E inmediatamente el hipnotizado completa la acción, quiero decir, que

1840 y *Annales médico-psychologiques*, tercera serie, tomo VI, 430.—*Cours de braidisme théorique et pratique*, por el doctor Philips.

se pone á boxear, á levantar trabajosamente el brazo, á mover sus miembros para trepar, para columpiarse ó para tirar.

El segundo medio de sugestión consiste en la palabra, y este procedimiento tiene éxito á veces en el somnambulismo simple. «Hemos conocido, dice Carpenter, una muchacha que en el tiempo en que iba á la escuela empezaba á hablar una hora ó dos después de dormida. Sus ideas giraban casi siempre sobre los hechos del día; si se la animaba mediante preguntas que la guiasen, daba cuenta de ellos de modo muy claro y coherente, revelando con frecuencia sus pecadillos y los de sus compañeras y expresando un gran arrepentimiento por los suyos, siempre pareciendo vacilar en hacer conocer los de las demás. Pero, para todos los sonidos ordinarios, parecía perfectamente insensible... y si el interlocutor la dirigía preguntas ú observaciones que no entraban en el curso de sus ideas, no producian ninguna impresión... El caso bien conocido del oficial de que habla el doctor James Gregory pertenece á esta clase intermedia, más próxima, creemos, al somnambulismo que al sueño ordinario. Este oficial, que servía en la expedición de Louisburgh en 1758, tenía costumbre de *representar (to act)* sus ensueños, y podía dirigirse el curso de estos murmurándole á su oído, sobre todo si la voz le era familiar. Así sus compañeros en el viaje se divertían constantemente á sus expensas.—Una vez, le llevaron á través de toda una escena de disputa que terminaba con un duelo, y cuando se supuso á las partes en el lugar de cita, se puso una pistola en su mano; dejó escapar el seguro, y el ruido le despertó.—Otra vez, hallándole dormido

sobre un cofre en el camarote, le hicieron creer que había caído por encima de la borda y le animaron á salvarse nadando; inmediatamente imitó los movimientos de natación. Entonces le dijeron que un tiburón le perseguía, y le rogaron se sumergiera para evitar el peligro. Lo hizo al momento con tal fuerza que se lanzó de lo alto del cofre al suelo, lo cual le ocasionó contusiones, y naturalmente, le despertó.—Después del desembarque del ejército en Louisburgh, sus amigos le encontraron un día dormido en su tienda y manifiestamente muy molesto por el cañoneo. Le hicieron creer que estaba en el fuego, con lo que manifestó un gran terror, y una disposición evidente á huir. Con esto, le hicieron reconvencciones, pero al mismo tiempo aumentaron sus temores imitando los gemidos de los heridos y los moribundos, y cuando preguntaba, lo cual hacía amenudo, quien había caído, le nombraban á sus amigos particulares. Finalmente, le dijeron que el hombre que en línea estaba más cerca de él, acababa de caer; enseguida saltó de su lecho, se lanzó fuera de la tienda, y fué sacado del peligro y el ensueño dando traspiés en las cuerdas de las estacas.—Después de estas experiencias, no tenía recuerdo alguno distinto de sus ensueños, sino solamente un sentimiento confuso de opresión y fatiga, y de ordinario decía á sus amigos que estaba seguro de que le habían jugado alguna mala pasada.»

El somnambulismo artificial coloca al espíritu en estado semejante. «Se advierte á un somnábulo (1)

(1) Maury, 333. Yo mismo he asistido á experiencias análogas en casa del doctor Puel. Le anunciaba á la

que uno es un león, se toma algo el aire de este animal marchando á cuatro patas y simulando su rugido. El magnetizado manifiesta entonces un terror violento que se pinta en todos sus rasgos, y da todas las señales de un convencimiento positivo». Cuando una persona está hipnotizada, dice el doctor Tucke (1), muchas veces «se le hace creer por sugestión que ve á un individuo ausente... De igual modo se puede llegar á hacerla imaginar que oye tocar en un instrumento musical una pieza determinada, cuando no se produce ningún sonido». La palabra evoca en el paciente las imágenes de ciertas sensaciones visuales ó auditivas, y el trabajo mental que sigue es exactamente el mismo que si las sensaciones mismas hubieran sido despertadas por mediación de los nervios.

El mismo trabajo sigue cualquiera que sea la especie de las imágenes. «A. C. D... cuando fué hipnotizado, se le rogó que oliera los dedos del operador, y respondió que nada olía. Este, aplicando entonces los dedos cerrados sobre el pulgar á la nariz del sujeto, le dijo que aspirara para tomar un polvo de tabaco. La sugestión produjo inmediatamente su efecto. El paciente aspiró un momento y presentó enseguida todos los fenómenos que experimentaría una persona que acabara de tomar un polvo para estornudar».—De modo semejante «decid á una persona convenientemente dispuesta para el hipnotismo que come ruibar-

somnábulo que estaba en un parterre de flores; aparentaba cogerlas y aspirarlas con delicia.

(1) *Annales médico-psychologiques*, cuarta serie, tomo VI, pág. 427, y tomo VII, pág. 261.

bo, que masca tabaco ó alguna otra sustancia desagradable al paladar.... y el efecto seguirá á vuestras palabras. Así es como á un cierto G. H... estando hipnotizado, se le colocó delante un vaso de agua pura que se le hizo tomar por brandy. Lo elogió como un excelente—el agua tenía para él, el sabor del brandy—y pidió otro bebiendo siempre con avidez.—En un segundo caso J. K.... hallándose en el mismo estado anormal, fué invitado á beber un poco de agua fresca, y en tanto obedecía, el operador bebió él mismo un poco y lo escupió enseguida empleando una expresión de disgusto y horror. Inmediatamente este acto sugirió fuertemente al sujeto que el agua era mala ó aún estaba envenenada, tanto que en esta persuasión la rechazó con horror»....—La misma ilusión cuando la imagen sugerida es la de una sensación de tacto. «A C. D... estando hipnotizado, se le hizo creer que estaba cubierto de abejas. Inmediatamente dio fé á esta sugestión y obró exactamente como haría una persona picada, dió todas las señales de dolor, sacudió sus cabellos, se frotó la cara con las manos de un modo frenético, y se despojó enseguida de su chaqueta para desembarazarse de sus enemigos imaginarios. Sufría evidentemente una alucinación de la sensibilidad general.—Lo mismo puede decirse también de una persona, E. F.... que, en las mismas condiciones de somnambulismo, se le hizo creer por sugestión que tenía un violento dolor de muelas, aumentando el operador el efecto de sus palabras por la aplicación del dedo á la mejilla del sujeto. Este, apretándose la cara con las manos y agitándose de derecha á izquierda, se retorcia de dolor».

En todos estos ejemplos, las condiciones físicas

y morales, que de ordinario, reprimen el trabajo alucinatorio, faltan. En efecto, los nervios y los centros sensibles están embotados; toda esta porción del sistema nervioso por medio de la cual nos comunicamos con el exterior llega á ser inactiva ó menos activa. Desde este momento, de hecho, no tenemos ya sensaciones propiamente dichas, ó al menos las que tenemos están singularmente debilitadas, y en todo caso son nulas para nosotros. Cesan todas para el que duerme normalmente; para el soñador, solo subsisten las que concuerdan con su ensueño, el somnábulo y el hipnotizado no conservan más que una serie de ellas, las que se llama musculares ó las de los sonidos emitidos por el operador. De este modo, las sensaciones pierden en todo ó en parte la inspección que ejercen en el estado normal—En lenguaje fisiológico, el equilibrio que reina durante la vigilia, entre los nervios y los centros sensibles, de un lado, y los hemisferios de otro, se rompe en beneficio de los hemisferios, que funcionan solos y de un modo preponderante. En lenguaje psicológico, el equilibrio que reina durante la vigilia entre las sensaciones y las imágenes se rompe en beneficio de estas, que adquieren todo su desarrollo y consecuencias; llegan á ser intensas, precisas, terminan en juicios afirmativos, provocan el mismo trabajo mental que las sensaciones, y dan lugar á alucinaciones.

*V. De aquí se deduce una consecuencia importante. Hemos visto que en toda representación, concepción ó idea, hay una imagen ó un grupo de imágenes.—Cuando pienso en una cosa particular,